

YUGOSLAVIA: CRÓNICA DE UNA VICTORIA

*Carlos A. Rodríguez y Quezada
Embajador de México en Belgrado*

Jueves 5 de octubre, último año del milenio. Tres de la tarde. Belgrado- Veo una impresionante multitud que comienza a reunirse, como hormigas en torno a un puño de azúcar, en la plaza del Parlamento Federal, antes símbolo de la Yugoslavia de Tito y en el que, en los últimos años, solo deambulaban sorabras de parlamentarios - oveja, pastoreados por la mano pesada de Slobodan Milosevic.

Esta mano es la que hacía temblar a miles de yugoslavos que no se atrevían a manifestarse en contra de las políticas del gobierno de Milosevic. Pero desde hace algún tiempo, los serbios le han perdido el respeto al gobierno y esta tarde se arremolinan desde todos los rincones del país, pitando y gritando consignas —unas malévolas otras divertidas— en contra de Milosevic, quien los ha engañado otra vez al manipular los resultados electorales del 24 de septiembre, desfavorables a él y a su Partido Socialista de Serbia. La gran concentración del 5 de octubre es el corolario de una serie de intensas y concurridas manifestaciones de protesta que se llevaron a cabo en la capital yugoslava.

Y es que el Consejo Constitucional, controlado por Milosevic obviamente, declaró días antes que nadie había ganado en la primera vuelta electoral y que era necesario que el propio "Slobo" y el otro candidato, de la Oposición Democrática de Serbia (que aglutina a 18 diminutos partidos políticos), un político un tanto desconocido llamado Vojislav Kostunica, se enfrentaran en una segunda ronda el 8 de octubre para dirimir de una vez por todas, quien sería el presidente de la Republica Federal de Yugoslavia, ente rarísimo integrado por dos republicas totalmente desproporcionadas entre si, que sobrevivieron a aquel país que se inventó Tito, con seis republicas, cuando concluyó la Segunda Guerra Mundial.

Parece que nadie se esperaba el triunfo de Kostunica; ni Milosevic, ni los europeos y los Estados Unidos (quienes habían apostado un año atrás por el retiro de Milosevic a base de meterle bombas por el trasero a 61 y a los yugoslavos), ni los electores, vamos, ni siquiera tal vez el propio Kostunica. Realmente fue una sorpresa para todos los sesudos analistas locales y foráneos que habían vaticinado el triunfo de Milosevic. Pero según las cuentas de la oposición, Kostunica ganó el 24 de septiembre por mas del 52% y por ello se aferró a defender, como gato boca arriba, la ventaja que los electores le habían concedido. Pueblo bartado de tantos años de guerra, de muerte, de sufrimientos, de crisis políticas y militares a cada rato, con bombas por todos lados, por la falta de empleos, de recursos y con una juventud desesperanzada por tener un universo de oportunidades tan alto como el techo de sus casas.

Muchos esperaban que la defensa de la victoria se iba a convertir en un baño de sangre. Pues todos se equivocaron, a pesar de que el ejercito había anunciado antes de las elecciones, que los soldados estaban para defender a la Patria contra el enemigo de afuera y no para atacar a los yugoslavos de adentro. Nadie tomó en cuenta estas declaraciones del alto mando, tal parece que ni el propio Milosevic que, según se dice, tenía entre sus planes utilizar a la fuerza armada para frenar las protestas. Pero como

el ejército no intervino, muchos se llevaron un chasco y pensaron que lo haría la policía, —esta sí— cuerpo favorito de Milosevic. Pues tampoco. Los contados uniformados que aparecieron en las marchas y manifestaciones se dedicaron a organizar el tráfico, a cuidar a los transeúntes y a pedir a los manifestantes —en forma comedida por cierto—, que fueran buenos chicos y que no causaran estropicios. La gente lo que menos tenía en mente era confrontarse con las fuerzas de seguridad y simplemente las ignoró.

Otros analistas consideraron que Milosevic se mantendría en el poder manipulando tiempo y circunstancia para derrotar por cansancio a la oposición, algo que ya había intentado después de las elecciones de 1996, salvándose por un pelo al pactar la repartición del poder con Vuk Draskovic, un político que, según el veredicto popular, se vendió al gobierno y por ende perdió todo su afecto. La gente le dio su merecido en estas elecciones del 2000, pues su partido ganó unos cuantos puntos porcentuales que no le sirven para nada.

Como se habrán percatado ya mis lectores, todos los vaticinios que hicieron los observadores de adentro y de afuera simplemente no sirvieron para nada. Les falló de todas, todas. La noche del mismo 24 de septiembre fue impresionante observar en la emblemática Plaza de la Republica del centro de la capital, dos concentraciones: una chiquita y una grandota. La primera, organizada por los dos partidos que apoyaban a Milosevic, contó con show musical de una banda muy famosa cuyo nombre he olvidado, pero que nadie le hizo el menor caso; tal vez los únicos espectadores fueron los mismos organizadores del concierto. Calcule una participación de no más de 200 personas.

El ambiente estaba del otro lado del corredor policiaco que dividía ambos eventos. Ahí sí que había gente, miles celebrando, cantando y brincando. Familias completas, con hijos pequeños participando de la alegría de sus padres. Jóvenes expectantes tomándose la foto histórica del momento histórico y lanzando vivas por cualquier cosa, hasta desgañitarse. Si el relator anunciaba que la oposición había ganado un puñadito de votos en tal población, todos los presentes coreaban consignas, lanzaban los brazos hacia el cielo y bailaban de alegría. Como si un voto significara quitarle un anillo a Saturno. Así estaba de efusiva la gente de la calle, así estaba de encendida la ilusión. Así permanecieron hasta entrada la madrugada. No podían estar equivocados, no podían ser engañados mas.

En los días siguientes, el gobierno de Milosevic trató de resistir e inventó de todo para distraer a estas huestes decididas a hacer valer su voto. Mientras más tácticas divisionistas aplicaba el gobierno, mas se crecía la oposición. Muchos pensaron que sería muy difícil mantener esta constante de inconformidad, sobre todo porque en el pasado la oposición se había fragmentado y no pudo sostener el ritmo de la protesta. Pero en esta ocasión opero el milagro y todo mundo se mantuvo firme y acudid religiosamente tanto a la Plaza de la Republica como a la plaza del Parlamento, donde los voceros de la oposición inyectaban entusiasmo y las razones de la resistencia. Los manifestantes también fueron hechizados por la magia de la música de los mejores artistas de Serbia y de otros países de la ex- Yugoslavia, entre ellos el extraordinario y famoso compositor Goran Bregovic, quien canto ante mas de 200 mil entusiastas seguidores de Kostunica y de unos cuantos admiradores extranjeros, entre ellos el que ahora cuenta estos acontecimientos. Obviamente no me podía perder ni a Bregovic ni esos momentos intensos. Así que me lance a la calle durante largas horas y días y fui testigo de esta parte de la historia de este pueblo.

El viernes 5 de octubre enfrente del Parlamento hervía la alegría y el entusiasmo y era obvio que la gente se mostraba dispuesta a seguir en la protesta.

Ahora habían llegado autobuses repletos de ciudadanos provenientes de diversas ciudades del país. El entusiasmo y el calor del momento eran totalmente espontáneos, naturales. La gente no consumía bebidas alcohólicas, salvo uno que otro tomando una cerveza. Eso sí, muy al estilo de la gente de aquí, todos fumaban sin cesar.

El evento estaba muy bien organizado; pude ver pequeños ambulatorios instalados en el interior de edificios cercanos, muy clandestinos, dispuestos a atender a aquellos que pudieran ser heridos o lastimados. Pero la policía estaba ausente, al menos la uniformada; sólo un pequeño retén había sido colocado para resguardar los accesos del palacio legislativo. Se notaba que sus integrantes estaban muertos de miedo ante semejante marejada humana. En lo más álgido del discurso de algún representante de la oposición, alguien gritó que había que tomar el edificio del congreso y, sin meditarlo dos veces, la gente se abalanzó sobre las escalinatas. El contingente policiaco fue fácilmente rebasado y muchos llegaron hasta la puerta principal, cuando los gases lacrimógenos fueron lanzados al aire. Todos fuimos gaseados y comenzamos a acusar los efectos. Muchos hombres, en lugar de recular, al contrario, decididos se lanzaron hacia el frente. Yo, que conozco los derechos de los extranjeros en país extranjero, preferí retirarme prudentemente unos cuantos metros hacia un lugar más seguro, tranquilo y no contaminado por los gases. Bueno, una cosa es pensar y otra la cercanía con la realidad, porque no me aleje lo suficiente.

Y es que desde mi puesto pude observar un incendio proveniente del interior del Parlamento y la policía simplemente se retiró sin enfrentarse a la turba que, respetuosa, dejó que se alejara del sitio, no sin antes secuestrar escudos, cascos, macanas, como recuerdo del momento. Una compañera de mi trabajo perdió su auto, que se encontraba estacionado cerca del inmueble y fue alcanzado por el fuego. La pobre perdió todo, porque solo estaba asegurado contra daños a terceros. La gente comenzó a alejarse en orden, a moco tendido, con los ojos rojos y llenos de lágrimas. Unos cuantos se fueron definitivamente. La abrumadora mayoría se retiró a lugares donde se respiraba un poco de aire puro, pero nadie se fue.

Fue ahí que sentí una sensación tan extraña al ver a jóvenes y adultos de ambos sexos que, en esos momentos de intensidad, riesgo y mucha confusión, hacían colas en los establecimientos comerciales para comprar botellas de agua, sodas, jugos, cigarrillos, comida, en perfecto orden, con absoluta normalidad. Seguían llorando sin parar, eso sí, pero ahí estaban esperando los acontecimientos y haciendo cola pacientemente para ser atendidos. Me pregunte en ese momento si estos parroquianos que protestaban con vehemencia en forma pacífica por el despojo de que eran objeto y, al mismo tiempo, platicaban y hacían cola tranquilamente en las tiendas, eran aquellos serbios chacales, criminales, asesinos de la peor ralea, que los medios de prensa y ciertos gobiernos dicen que son. Confieso que, por lo que observe durante estos días, no me lo parecieron, o al menos no más que cualquier otro ser humano que se mete a la vorágine de la violencia y de la guerra. Creo que, por ejemplo, en Vietnam las tropas estadounidenses cometieron peores atrocidades que lo que ocurrid durante las guerras de Croacia o Bosnia.

Recordé que durante los días de la protesta, los casos de vandalismo fueron significativamente menores, aunque sí se dieron varios el mismo día 5 de octubre, sobre todo en establecimientos propiedad de importantes personajes de la vida nacional, como Marko Milosevic, hijo del presidente. También contra algunos individuos, como el director de la Radio y Televisión Serbia (RTS), que recibió una mala paliza que le propinaron aquellos que se sentían agraviados porque este personaje ordenó que unos 20 periodistas y trabajadores, jóvenes en su gran mayoría, permanecieran en las instalaciones de la estación, la cual se sabía podría ser atacada,

cuando en 1999, la OTAN se lanzó a bombardear el país. En efecto, ocurrió que la aviación de la alianza lanzó sus bombas sobre este objetivo, considerado de carácter militar, muriendo todos los periodistas y empleados que se encontraban en su interior;

Las noticias corrían de boca en boca a velocidad de la luz. Así, en medio de la gaseada, me enteré que el edificio de la RTS había sido tomada por la oposición, gracias a que una pala mecánica, dirigida por una joven Juana de Arco de fin de milenio, abrió las puertas con un golpe certero. El inmueble se incendió. El auto de un vecino mío también fue quemado. A los pocos minutos se nos comunicó que las instalaciones de Studio B-92, la radio de la oposición que tres meses atrás había sido requisada por el gobierno, fue retomada por los seguidores de Kostunica. Lo mismo ocurrió con otras fuentes de información. En cuestión de horas, todos los medios de comunicación se habían "rendido" a la oposición y estaban transmitiendo información veraz e imparcial, algo que no ocurría en el país desde hacía diez años, por lo menos.

Esa misma noche, escuchamos de cuerpo presente el discurso apoteósico de Kostunica, ante todos sus seguidores congregados frente a la alcaldía, que habían permanecido durante horas esperando su presencia. La gente se notaba agotada por tantas horas de intensidad y de sufrir las consecuencias de los gases, pero firme, celebrando las palabras de su nuevo líder. Este les pidió, finalmente, que se retiraran a descansar, que no se preocuparan, que gente fresca estaría llegando para hacer presión hasta que el gobierno reconociera la victoria del pueblo. Y muy obedientes, se retiraron a sus hogares y de todos modos, la plaza seguía llena con gente nueva que acababa de llegar. Ahí permanecieron hasta el día siguiente en que el país amaneció con otro rostro.

Los acontecimientos de esa noche desbordaron toda posibilidad de que un cambio favorable a Milosevic pudiera producirse. Ya nadie se atrevió a dudar que el desenlace era cuestión de horas. La presión fue bastante y el viernes 6, la Corte Constitucional reconoció el triunfo de Kostunica y Milosevic declaró que, en efecto, había perdido las elecciones y el nuevo presidente era su opositor. Que descansaría por algún tiempo y que no dejaría la política.

Esa noche otra vez la gente se arremolinó frente al achicharrado edificio del parlamento, en la Plaza de la República y en todos los sitios aledaños. El centro de Belgrado estaba atestado de autos, autobuses, jóvenes, niños, viejos. Todos celebraban su victoria, tremolaban las banderas del país, de Serbia, de la DOS, del movimiento universitario OTPOR (Resistencia) y hasta por ahí se podían ver fotografías gigantes del Che, de John Lennon y de Bob Marley.

Todo era felicidad, alegría, risas, cantos, gritos, baile. Momentos de rakia, de cerveza, de comer cualquier cosa, de compartir con el de junto lo que uno tenía en la mano, el cigarrillo, el licor, el pan. Milosevic se había ido, al fin.

Atrás quedaban diez años de secesiones, de guerras, de Bosnia-Herzegovina, de Croacia, de Kosovo, de la OTAN, de sufrimientos, de sangre, de crisis económicas, de penurias, de conflictos, de problemas. De repente, todos olvidaron el pasado y por primera ocasión contemplaron limpio el panorama Panorama que evidentemente viene muy complicado y difícil para esta gente luchona y extraordinaria.

Sus fantasmas del pasado, son sus fantasmas del mañana.

Pero eso ya es otra historia.